

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO IX—T. IX |

San Salvador, Domingo 19 de Mayo de 1889

| S. XXXII—N. 384

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.

CARTA DE SU SANTIDAD

Á MONSEÑOR MEIGNAN, ARZOBISPO DE TOURS,
sobre los recientes extravíos de la prensa.

León Papa XIII.

Venerable Hermano, salud y bendición apostólica.

Seguramente es triste y doloroso tener que usar de severidad con personas á quienes se ama como á hijos; mas proceder así, es en ocasiones, y por mucho que cueste, un deber para los que tienen obligación de trabajar en la salvación de las almas y dirigir las por los caminos de santidad. Mayor severidad es necesaria cuando existen razones para temer que el mal crezca con el tiempo, y resulte en daño de los fieles.

Estos son los motivos que te han movido á hacer uso de tu autoridad, para condenar un escrito ciertamente reprehensible, porque es ofensivo para la sagrada potestad episcopal, y porque ataca, no á uno sinó, á muchos Obispos, hablando de sus actos y gobierno en términos punzantes y llevándolos, por decirlo así, ante su tribunal, como si hubieran faltado á sus más sagrados é importantes deberes.

No. De ninguna manera puede tolerarse, que seglares que profesan la religión católica lleguen hasta arrogarse descaradamente, en las columnas de un periódico, el derecho de denunciar y criticar, con la mayor licencia, á toda clase de personas, sin exceptuar á los Obispos; y que imaginen que es lícito sostener en todas materias, salvo en lo concerniente á la fé, las opiniones que se les antojen, y juzgar á todos según su capricho.

Nada hay, Venerable Hermano, en el caso presente, que pueda hacer dudar de nuestro asentimiento y aprobación. Nuestra primera obligación es velar, uniendo nuestros esfuerzos con los vuestros, para que se conserve inviolable y sagrada la autoridad divina de los Obispos. También es obligación nuestra ordenar y hacer que esta autoridad se mantenga en todas partes fuerte y respetada, y que en todo reciba de los católicos la justa sumisión y el justo honor que se le deben.

En efecto, el divino edificio, que es la Iglesia, está establecido realmente como sobre un fundamento á todos manifiesto, primero sobre Pedro y sus sucesores, y después sobre los Apóstoles y los Obispos, sucesores suyos.

Oírles ó menospreciarles, es oír ó menospreciar al mismo Jesucristo, Señor nuestro.

Los Obispos forman la parte más augusta de la Iglesia, aquella que por derecho divino instruye y gobierna á los hombres; y quien quiera que resiste y se niega obstinadamente á obedecer sus palabras, ese se separa de la Iglesia. (Mat., XVIII, 17.) Pero la obediencia no debe limitarse á las materias que dicen relación con la fé, sinó que debe practicarse en un campo mucho más dilatado, puesto que ha de extenderse á todas las cosas que caen bajo la potestad episcopal.

Para el pueblo cristiano los Obispos no son únicamente maestros de la fé, sinó que están puestos á la cabeza para regir y gobernar, responsables de la salvación de los hombres, que les está confiada por Dios, y de la cual han de darle cuenta. Así es que el Apóstol San Pablo dirige esta exhortación á los cristianos: *Obedeced á vuestros Prelados y estadles sumisos, porque ellos velan sobre vosotros, como que han de dar cuenta de vuestras almas* (Heb., XIII, 17.)

Y en efecto, constante y manifiesto es que en la Iglesia hay dos órdenes ó categorías: los pastores y el rebaño, es decir, los jefes y el pueblo.

La primera categoría tiene por ministerio enseñar, gobernar y dirigir á los hombres en la vida é imponerles reglas; la otra debe estar sometida á la primera, obedeciendo, cumpliendo sus mandatos y honrándola; y si los súbditos usurpan las atribuciones de los superiores, cometen por su parte, no solamente un acto de injuriosa temeridad, sinó que trastornan, cuanto está en su mano, el orden sabiamente establecido por la Providencia del Divino Fundador de la Iglesia.

Si por casualidad hubiere en el episcopado algún Obispo que no cuidara bastante de su dignidad, y que pareciera desatender alguna de sus santas obligaciones, todavía, á pesar de eso, no perdería nada de su autoridad, y mientras se mantuviese en comunión con el Romano Pontífice, á nadie le sería lícito debilitar, en lo mínimo, el respeto y obediencia que su autoridad exige. En cambio, escudriñar los actos episcopales y criticarlos, de ningún modo compete á los particulares, sinó únicamente á aquellos que en la jerarquía eclesiástica tienen mayor potestad, y especialmente al Romano Pontífice, á quien Jesucristo dejó el cuidado de apacentar, no sólo á los corderos, sinó también á las ovejas. Cuando más, si los fieles tuviesen grandes motivos de queja, les está permitido llevar la causa al Romano Pontífice, pero guardando la prudencia y moderación que el amor del bien común aconseja, y sin permitirse gritos ni denuestos, que contribuyen á dar vida al odio y las divisiones, y seguramente á aumentarlas.

Estos principios fundamentales no pueden alterarse

sin la ruina y confusión del gobierno de la Iglesia. Repetidas veces hemos tenido cuidado de recordarlo è inculcarlo. Las cartas á nuestro Nuncio en Francia, que has citado oportunamente, hablan de ello explícitamente, así como las dirigidas más tarde al señor Arzobispo de París, á los Obispos belgas, á algunos otros de Italia, y las dos Encíclicas á los Obispos de Francia y España. De nuevo recordamos hoy esos documentos, de nuevo queremos que se inculquen, esperando confiadamente en que nuestras advertencias y nuestra autoridad calmarán la actual intranquilidad de espíritu que se observa en tu diócesis; que todos se afirmarán y apacigurarán en la fé, obediencia y justo y legítimo respeto á los que están revestidos por la Iglesia de una sagrada potestad.

Faltarán á esta obligación, no sólo aquellos que resistan abierta y resueltamente á la autoridad de sus jefes, sinó todos cuantos se muestren contrarios y hostiles á ella, ya por medio de astutas tergiversaciones, ya con disimulaciones y rodeos. La verdadera y sincera obediencia no se satisface con palabras, sinó que consiste principalmente en la sumisión de la inteligencia y la voluntad.

Puesto que se trata de una falta cometida en un periódico, es absolutamente necesario que mandemos una vez más á los redactores de los periódicos católicos, que respeten como leyes sagradas las enseñanzas y disposiciones que hemos mencionado más arriba, y que nunca jamás se aparten de ellas. Y vivan persuadidos de esta verdad y grábenla indeleblemente en su inteligencia: que si son osados á quebrantar estas disposiciones y á guiarse por su juicio particular, ora prejuzgando cuestiones que la Santa Sede no ha resuelto todavía, ora menospreciando la autoridad episcopal y arrogándose la sin el menor derecho, en vano aspirarán á conservar el honor del nombre católico y á servir á la santa y nobilísima causa que intentan glorificar y defender.

Para concluir, deseamos ardientemente que los extraviados vuelvan á ideas más sanas y que el respeto á la autoridad episcopal se conserve vivo en todos los entendimientos; y como prenda de nuestro afecto y nuestra paternal benevolencia, á tí, Venerrable Hermano, y á todo el clero y pueblo de tu diócesis, os concedemos la apóstolica bendición.

Dada en Roma, en San Pedro, á 17 de Diciembre del año 1888, undécimo de nuestro pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.



LOS APOLOGISTAS.

Hay en las obras de los apologistas un tal incremento sucesivo de conocimientos y de luces, que pueden tenerse sin duda, como la historia más fiel de los progresos del entendimiento humano en el estudio de la verdad religiosa, política y filosófica, y por consiguiente de la ciencia social. El progreso de que se trata no afecta en manera alguna á los principios, sino á las pruebas de su origen divino, á sus consecuencias y aplicaciones.

Los principios son y serán siempre los mismos, y nada queda por descubrir en este punto; pero las pruebas de su existencia parecen multiplicarse á medida que pasan los siglos, que se suceden las revoluciones y que se agitan las controversias. En el sistema de ataque y de defensa hay una gradación muy sensible. Primero, se combaten los dogmas, y se contesta que están revelados. En seguida, se confiesa el hecho, pero se quiere rehusar á la Iglesia el derecho de explicarlos; se responde que la Iglesia tiene este

derecho y lo tiene exclusivamente. Cerrada esta puerta, se niega la autenticidad del hecho, y aun la posibilidad de la revelación; se opone á esta negativa la evidencia que resulta del criterio metafísico, físico y moral. Destruído este atrincheramiento, se elige un nuevo partido, el de confundir la cuestión teológica con la cuestión social, exagerar los derechos del Estado, restringir la autoridad de la Iglesia, declamar contra todos los abusos y proponer una reforma general. Entonces los apologistas presentan el hilo de todas las tradiciones, el cuerpo de todas las pruebas, la catolicidad y universalidad de la Iglesia; y descendiendo por último, á la cuestión social, oponen la incontrastable firmeza del mundo católico á la continua versatilidad del mundo *reformado*, la unidad de la Iglesia verdadera á las variaciones continuas y numerosas de las Iglesias protestantes. Esta nueva derrota, lejos de abatir para siempre á los perseguidores de la Iglesia, les infunde nuevo aliento y un entusiasmo mayor: es el último arrojito del despecho y el espantoso frenesí de la desesperación.

Entonces la razón arrasa todos los diques y sacude todas las trabas: no quiere reconocer ni verdades ni errores: rehusa todo conocimiento que no se deba á sí misma; y desde luego, niega y combate igualmente cuanto nos ha revelado Dios, enseñado la Iglesia, mostrado el sentido moral, predicado el universo entero; es decir, hasta la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Llegado este caso, los apologistas recurren á su turno á todas las pruebas, manifiestan las relaciones científicas del principio revelado, demuestran todas las verdades. No son ya, digámoslo así, exclusivamente teólogos: son los controversistas que demandan un ataque general; son filósofos, son políticos, y hacen servir á la causa que defienden el gran sistema de los conocimientos humanos.

Tales son respectivamente los caracteres que han ido presentando á su vez la época de las heregías, la época de la reforma y el siglo XVIII; y de aquí podemos partir para sentar, como una cosa evidente, que si los apologistas del cristianismo se ven, y con razón, como los verdaderos depositarios de la ciencia en sus principios fundamentales, ó los dogmas, en los argumentos evidentes de credibilidad, en sus vastas y numerosas consecuencias, en sus frecuentes aplicaciones á la organización de los Estados, á la formación de los códigos, á la civilización de los pueblos, á la reforma de las costumbres y al bien positivo de la humanidad; si examinando sus obras, los vemos continuamente asidos de la ley revelada, adheridos con toda su fuerza intelectual á la autoridad dogmática de la Iglesia, y triunfantes en todas las controversias; si en estos escritos vemos progresar la ley con el trascurso de los siglos, la verdad más firme á medida que se combate, más profunda á medida que se conoce, más fecunda en bienes á medida que se aplica; preciso es convenir en que este torrente de luz y de bien, es debido á la unión estrechísima del raciocinio con la autoridad; de la persuasión con la creencia; y por último, que si tal unión ha hecho progresar de continuo los conocimientos científicos, es precisamente porque ella ha sido siempre una necesidad filosófica para la ciencia, puesto que el aislamiento de la razón produjo los heresiarcas; y su adhesión á la autoridad, los apologistas.

San Salvador, mayo de 1889.

Juan Bertis.



¿Qué sería de Roma, sin el Papa?

La situación en que el Romano Pontífice se halla bajo la odiosa tiranía del Gobierno italiano, situación

que cada día es más triste y mejos soportable, hace que vaya tomando cuerpo la idea de que Su Santidad abandone á Roma, y que se hagan comentarios sobre las consecuencias que tan gaave suceso tendría para Italia, y sobre todo, para aquella ciudad.

Claro es que, respecto à lo primero, nada puede afirmarse, porque aquella resolución depende más del desarrollo de hechos y sucesos, que de la misma voluntad del Soberano Pontífice; pero tampoco puede desconocerse que lo que ayer sólo era posible, tiene hoy el carácter de verosímil y aun de probable, como lo indica el hecho de que, desde hace algún tiempo, se ocupa el Vaticano en el estudio de esta importante cuestión.

En la hipótesis, pues, de que el Padre común de los fieles abandonara la Ciudad Eterna, haremos algunas consideraciones sobre las consecuencias que tendría para Italia, y singularmente para Roma, un suceso de tan excepcional importancia.

El periódico italiano *El Capitán Fracasa*, órgano de Crispi, se ocupó hace días en esta cuestión; y después de manifestar que no cree que el Papa abandone la ciudad de las siete colinas, porque, según dicho diario, *se encuentra bien en Roma*, pregunta que à dónde iría si se marchase, añadiendo luégo que, en todo caso, esa marcha constituirá un beneficio para Italia, pues la desembarazaría para siempre de los peligros y de las complicaciones que el Vaticano le suscita continuamente por medio de la cuestión romana.

Respecto á la salida del Papa de Roma, ya hemos dicho que nada puede afirmarse, porque es un hecho contingente, que puede tener lugar ó que no puede realizarse; pero, en vista de la situación que el Gobierno del Quirinal han creado al Pontificado, es más sensato suponer que, al fin, tendrá que abandonar á Roma el Papa, que no sustentar la opinión contraria.

Porque, ¿creen los italianísimos, creen los sectarios de la masonería que el Padre Santo ha de estar sufriendo indefinidamente la dependencia que hace años viene sufriendo, dependencia tan grande y monstruosa que hasta le impide salir del Vaticano?

¿Creen que el Vicario de Cristo, que reina en los corazones de más de doscientos millones de católicos, ha de ser perpetuamente prisionero de los mismos usurpadores de sus derechos?

Pues creen mal, y están en el mayor de los errores; porque el Romano Pontífice, que representa la más hermosa institución que han conocido los hombres, no puede seguir indefinidamente en las anormales circunstancias en que hoy se halla, sin peligro para los intereses supremos del catolicismo. Y es que aquí no se trata sólo de la augusta persona del Papa, ni de los sufrimientos que su cautividad le ocasiona, sinó también del Pontificado, cuya divina institución no puede estar sujeta á las peripecias de la política, ni mucho menos á las iniquidades de los que tratan de aniquilarla.

Pero no; no es que los italianísimos creen que el Papa puede continuar indefinidamente en Roma, porque nadie como ellos, que son sus tiranos y sus verdugos, puede saber que su actual situación es de todo punto insostenible, y si pretenden hacer ver otra cosa, si dicen que el egregio León XIII no tratará de romper las férreas cadenas que le aprisionan, es precisamente por lo mucho que temen se realice lo que afectan no creer; porque, por mucho que les ciegue la pasión contra el Pontificado, es imposible que no comprendan las graves consecuencias que Italia y la causa que defienden habrían de sufrir, si el Papa saliese de la antigua ciudad de los Césares.

Por eso no creemos que los italianísimos hablen con sinceridad, al decir que el abandonar á Roma Su Santidad puede considerarse como un embarazo me-

nos para Italia; pero, por si acaso lo creyeran así, no estará demás hacerles observar que, como se ha dicho muy bien, si el Papa es un peligro para Italia estando prisionero, una vez desterrado, una vez fuera de Roma, constituiría para aquélla un peligro mayor y más temible. Porque el día en que el Papa se marchara de la Ciudad Eterna, la cuestión romana ofrecería los caracteres de la mayor gravedad, pues presentándose en toda su desnudez, si se nos permite la frase, la agitación de los católicos de todo el mundo, y singularmente de los de Europa, sería sumamente viva, tal vez rayaría en la violencia, siendo suficiente á modificar la conducta de los Gobiernos en favor de los derechos del Pontificado.

Pero aparte de esta consideración, que merece tenerse en cuenta, ¿saben los italianísimos lo que sería Roma sin el Papa? Puede decirse que sería un cuerpo sin alma, una forma sin sustancia, un organismo sin movimiento, sin animación y sin vida; porque el Pontificado, y solo el Pontificado, es el que vivifica á Roma. El sol de ésta es la divina institución que el Papa representa, y el día en que sus espléndidos rayos no le iluminaran y dieran calor, quedaría en las tinieblas y la muerte.

El organismo humano puede resistir á veces la separación de esta ó de la otra viscera, la amputación de este ó aquel miembro, pero jamás se ha visto que el hombre viva sin cabeza. Pues bien: una cosa análoga puede decirse de Roma: ésta podrá sufrirlo todo, todo, menos el que se la decapite, menos el que se le arrebate su cabeza, que es el Papa, que es el Pontificado Romano. Y no se diga que ya le quedaría como cabeza el Quirinal, porque el rey no puede sustituir en Roma á los Sumos Pontífices, dada la historia y las tradiciones eminentemente católicas de dicha ciudad.

¿A quién debe Roma toda su gloriosa historia?

¿A quién, el que haya sido la reina de las artes?

¿A quien, su aureola de respeto y consideración?

Al Pontificado, y nada más que al Pontificado Romano.

Todos esos soberbios monumentos que la embellecen, todas esas grandezas arquitectónicas que encierra, y todos esos tesoros pictóricos que posee, ¿á quién los debe mas que à los sucesores de Pedro? Y no digan los enemigos del Pontificado que todos esos bienes son mas ideales que tangibles, porque no pueden negar que en sí mismos llevan fecundos gérmenes de beneficios reales y positivos. ¿Qué sería de Italia, y singularmente de Roma, desde el momento en que no tuviera la dicha de ser el asiento del pontificado!... En el orden moral, nada mas que un conjunto de ruinas y en el material, bien pronto carecería de tantos recursos y elementos como le proporciona la estancia del Romano Pontífice, á los cuales debe casi toda su prosperidad y su riqueza.

Esto sin contar que la marcha del Papa privaría al orden social de su mas sólida base, siendo muy probable que el radicalismo, no teniendo ya una barrera que le contuviera, se desenfundara y precipitase el triunfo definitivo de la revolución, cuyas fuerzas, hoy día en estado latente, solo esperan una oportunidad para manifestarse con todas sus violencias.

Porque las sectas masónicas, que hoy se agrupan en torno del Rey en odio al Pontificado, el día que Su Santidad abandonara á Roma, dirigirían todos sus esfuerzos contra el Quirinal y contra la Monarquía.

Y esto es tanto mas peligroso para el nuevo orden de cosas establecido en Italia, por cuanto la nacionalidad de ésta no existe realmente.

En efecto, el llamado Reino de Italia será un Estado, por aquello de que todas las provincias se rigen por unas mismas leyes; pero no constituye propia-

mente una nación, porque entre las diversas regiones de dicho país no existen esos lazos que hacen común la vida de los pueblos. Así vemos que los napolitanos, por ejemplo, que los toscanos, se diferencian notablemente de los romanos en el lenguaje y las costumbres, mientras que los venetos no se identifican tampoco con los napolitanos.

La nacionalidad italiana solo está prendida con alfileres, y no son necesarias grandes conmociones sociales ni serios movimientos políticos, para deshacer ese todo compuesto de partes tan poco consustanciales y homogéneas.

Nada debe extrañar, por consiguiente, que los verdaderos italianos, que los verdaderos amantes del engrandecimiento y prosperidad de Italia, teniendo en cuenta estas y otras consideraciones, sean entusiastas partidarios del Pontificado Romano, y, por consiguiente, de la soberanía civil del Papa.

Véase á este propósito, lo que en 1861 escribió Máximo d'Azzeglio, Ministro de Víctor Manuel, y hombre de Estado que reconstituyó su país, después del desastre de Novara:

"El Jefe de la Iglesia debe tener, y credlo, la Italia quiere que tenga, el nombre la independencia, al grande y excepcional situación de un soberano. Debe residir solo en Roma, en las ruinas de dos antigüedades que protege y que ilumina la magestad de la tierra, y Roma debe estar para siempre en comunicación libre y directa con el mundo entero." Y Gino Capponi, célebre republicano florentino y aliado de Víctor Manuel, á quién Italia ha decretado los mayores honores en vida y después de muerto, escribió lo siguiente en 1862:

"Yo creo que el Papa debe tener una ciudad donde no haya nadie que le sea superior; que esta ciudad debe ser Roma, y que Roma sería una mala capital para Italia. Creo estas tres cosas firmemente."

No lo duden los italianísimos; la marcha de Roma del Papa sería la ruina de esta capital, lo mismo en el orden moral que en la esfera de los intereses materiales. Y en cuanto á la pretendida unidad nacional de aquel país, bien puede creerse que no podría resistir la acción que todos los católicos del mundo pondrían en juego cerca de sus gobiernos respectivos, tan pronto como la Santidad de Leon XIII abandonara la Ciudad Eterna. No olviden los enemigos del Papa y de la Iglesia, que la criminal usurpación de los derechos del Pontificado aún no ha sido reconocida por ningún Estado, á pesar de haberlo intentado los gobiernos del Quirinal cuando el Congreso de Berlín y en otras ocasiones; adviertan que el pueblo italiano proclama cada vez con mayor energía, que no quiere hacerse cómplice de los usurpadores; vean como todos los días se cubren de firmas las peticiones de los católicos italianos, pidiendo que se ponga fin al presente estado de cosas, intolerable para la dignidad del Papado; y no pongan en duda que el día que Su Santidad abandonara la capital del orbe católico, los italianos, y sobre todo los romanos, serían los primaros que, por modo enérgico y ostensible, pedirían á los poderes públicos del Reino que devolvieran la independencia al Pontificado, á la manera que los egipcios pidieron á Faraón que dejase en libertad al pueblo de Israel.

Sin duda, como hemos dicho otras veces, los amigos del Quirinal tienen toda su confianza en la protección de Alemania; pero esta protección, sobre ser interesada y verdaderamente onerosa para Italia, es del todo accidental y pasajera, y, por lo tanto, no es prudente edificar grandes castillos de esperanzas sobre cimientos tan inseguros y movedizos.

Por lo demas, si á la Italia oficial le quedara un

átomo de pudor y de vergüenza, preferiría mil veces abandonar lo que inicualemente usurpó contra la voluntad de su legítimo dueño, á implorar y recibir el apoyo del imperio germánico; porque ese apoyo es para ella una espada de Damocles, suspendida incessantemente sobre su cabeza, como lo demuestran varias manifestaciones del Príncipe de Bismarck, de las que, en gracia á la brevedad, sólo recordamos dos. Cuando, hace algún tiempo, trató el gobierno italiano de ponerse al lado de Inglaterra, el Canciller de hierro dijo secamente á Manini, Ministro de Negocios Extranjeros de Humberto: "Jamás podía Inglaterra ser tan útil á Italia, como perjudicial le puede ser Alemania, si quiere una sola vez tomar por su cuenta la cuestión romana." Y en otra ocasión decía el mismo Bismarck, al citado Manini: "¡Cuidado! Si perdéis nuestra amistad, abandonais el baluarte que protege la ocupación de Roma."

Digamos, para terminar, que, ora continúe el Papa en Roma, ora abandone esta ciudad, ya tenga Italia el apoyo de Alemania, ya, en fin, no pueda contar con la protección de este Imperio, el triunfo de los católicos es cierto, seguro, indudable; todo es cuestión de tiempo." Dentro de algunos días, decía el ilustre Veullot, ó dentro de un siglo, no importa, el Quirinal será también la propiedad del Papa, y los *ciceroni* mostrarán el aposento mortuario de Víctor Manuel, que el Papa habrá hecho conservar, y será una prueba de la ventura que se llamará en la historia *el Reino de Italia*."

El Correo de las Aldeas.

SECCION PIADOSA.

MARIA.

Mas gracias y dones
Tu pecho atesora
Que perlas la aurora,
Que arenas el mar.

¡María! Al solo eco de esta voz, la naturaleza entera se alegra y regocija. No parece sino que son más tersos los mares, más olorosas las flores, más claros los días, más apacibles y serenas las silenciosas noches.

¡María! Es la corona de la humanidad, la gloria del pueblo cristiano, la alegría y el consuelo de todo el linaje de los hombres. Por Ella, el hombre y Dios se unen en estrecho parentesco. Por Ella, se inclinan los cielos, y el Omnipotente aparece vestido de nuestra carne, y se llama con toda propiedad *el Dios con nosotros*. Por Ella el hombre, unido ya con indisoluble vínculo á Dios, escala los cielos, abre sus puertas resplandecientes, y se sienta en sus tronos de gloria entre los principes inmortales.

¡María! Si es la flor más pura de la naturaleza, la estrella más radiante de la humanidad, es también el canal más copioso de las gracias. Virgen y Madre; amasada del común polvo, y, con todo, perisima y sin mancha; deleznable y frágil, y formidable á los infiernos; humilde esclava, y Reina de los cielos; María, en poder, en sabiduría, en amor, recoge en sí los dones inefables de la Divinidad, y ve reflejarse en su alma dichosa los purísimos rayos del Sol eterno de Dios, que es su Padre, su Hijo, su Esposo.

¡María! ¿Qué extraño es que sea este nombre tan dulce á los labios, tan melodioso al oído, tan amable y grato al corazón, si en esta privilegiada criatura todo respira bondad, amor, pureza, hermosura y gracia? Su cuerpo está formado por la mano

primorosa de todas las gracias, hasta eclipsar á los Angeles en hermosura; su corazón, encendido en ardores inextinguibles, hasta enardecer, con su amoroso fuego, á los Serafines; su mente, esclarecida con luz eterna, hasta reflejar sus vivos resplandores en la clara frente del Querubín; su ser todo, penetrado de la Divinidad, que en ella se estrecha y se concentra, como se acumulan y se represan y rebosan en la concha de la fuente, las avenidas de un manantial inextinguible y cristiano.

¡María! Por una parte, aparece en el cielo prodigiosa y admirable, vestida del sol, coronada de estrellas, con la luna á sus piés; por otra, se deja ver en la tierra mansa como paloma, humilde como esclava, cariñosa y amable como madre. Reune en sí todas las grandezas, y atesora todas las gracias. Es hija sumisa y madre prudente; virgen casta y esposa tierna; descendiente de cien reyes, sin fausto, y pobre costurera del vulgo, sin abyección; pequeña y olvidada entre los hombres, y grande y gloriosa entre los Angeles.

¡María! Antes de nacer, vive ya por perpetuas eternidades en la mente del Altísimo. Primogénita entre todas las criaturas, preside ya á los planes de la increada sabiduría. Antes que á los collados eternos, que son los Angeles, fundóla ya el Omnipotente sobre los montes de la santidad más encumbrada. Antes que corriesen las fuentes de las aguas, y el mar inmenso de la Divinidad derramase en la creación sus corrientes, ya concentró en María el caudal inmenso de sus impetuosas avenidas.

¡María! Cuando se vieron turvadas las gerarquías del empíreo por el gran combate del Dragón y de sus angeles, ya apareció en los cielos la futura Madre del Verbo, como símbolo de victoria. Cuando la humanidad, en su cabeza, se precipitó en los horrores del crimen, ya en medio de la tempestad señalaba el dedo de Dios á María, iris de paz, y el hombre vencido empezaba á esperar á la Mujer que había de aplastar la cabeza del vencedor. Y mientras corren los siglos, no cesa Dios de consolar á la humanidad hablándole de María, describiéndosela y figurándosela de mil maneras diferentes, en símbolos, en historias, en profecías, en ritos y ceremonias, en reinas y heroínas, como para entretener á los hombres con tan alegre esperanza, y explayar su propio amor hablando de la privilegiada y predilecta entre todas sus criaturas.

¡María! Desde que vino al mundo, ya fué saludada por los ángeles, enalzada por Dios, conocida por los hombres. ¿Hay corazón que no la ame, lengua que no la invoque, alma que no deposite en Ella su confianza? ¿Qué es la tierra toda sino un templo de María? ¿No suena su nombre en todos los labios? ¿no se oyen por todo el orbe sus alabanzas? ¿no está cubierta la tierra entera de sus altares? Cada pueblo, cada familia, cada persona, guarda prendas de su protección y le rinde testimonios de gratitud. Sus títulos son tantos como nuestras necesidades, y las invocaciones con que clamamos á su maternal piedad solo pueden ser igualadas por nuestras miserias.

¡María! ¡Oh! ¡felices los que os aman, los que, por la devoción sincera y por la imitación de vuestras virtudes, merecen ser contados entre vuestros fieles y bienhadados hijos!

Copiado.

La fé en la Virgen.

—¿De dónde vienes, peregrino? ¿No eres tú aquel á quien he visto pidiendo limosna de puerta en puer-

ta, conocido en el país por *El Ciego*? ¿Cómo te encuentras hoy con los ojos abiertos y sanos?

—Es verdad que era ciego; pero ayer, al tender la mano pidiendo una limosna á un pasajero, éste se paró y me dijo:

—Hermano, no tengo oro ni plata: pero ven mañana á la iglesia y te daré lo que poseo.

—Esta mañana he ido á la iglesia; el señor Cura, que era el pasajero, ha pedido á la Virgen por mí, y yo con él... y después he visto.

—¡Bendito seas, peregrino, por haber confiado en María!

—¿De dónde vienes, militar?

—Vengo á visitar á la Virgen; estaba yo en mi puesto al comenzarse la batalla; preparo mis armas y me encomiendo á Nuestra Señora; empieza el fuego, mis camaradas van cayendo uno á uno á mi alrededor, yo quedo solo y de pié en mi puesto. Sigue la batalla; llegando ya á las manos, la sangre mancha toda mi ropa, yo combato pisando cadáveres; pone fin la noche á la carnicería, y yo me encuentro ileso; debía, por lo tanto, dar gracias á la que me ha protegido, y hé aquí de dónde y por qué vengo.

—¡Bendito seas, buen soldado, porque tienes fé en María!

—¿De dónde vienes, marinero?

—Embarcado iba yo; la tripulación era grande y el mar estaba en calma; de repente sopló viento fuerte al Occidente y el buque comenzó á ser sacudido sobre un mar borrascoso; las olas se amontonan, y después de algunas horas, el buque hace agua por todas partes; me lanzo á proa, y de rodillas digo á la Virgen: "¡Patrona de los marineros, socorrednos, salvadnos!" Apenas terminada la oración, el mar y el viento se calman; llegué al puerto, desembarco, y he querido mostrar mi reconocimiento á la que me ha salvado del naufragio; por eso he venido á la iglesia.

—¡Bendito seas, marinero, porque tienes fé en María!

—¿De dónde vienes, jovencita, con el rostro tan pálido?

—Languideciendo poco á poco, mi vida iba á extinguirse. Un día, ¡día de amargo sufrimiento! los médicos rodeaban mi cama; mi madre, ansiosa y enternecida, los mira, y ellos contestan en voz muy baja:

—"A la caída de las hojas."

—¡Tan joven, dije yo, y morir!

Hice en el acto la promesa de visitar en peregrinación á la Virgen, si veía brotar las hojas nuevas en los árboles del bosque, y las hojas nuevas brotaron; y las ví, y respiré el fresco ambiente del bosque, y he querido cumplir mi promesa; por eso estoy aquí.

—¡Bendita seas, joven piadosa, porque has tenido fé en María!

—Madre risueña, ¿de dónde vienes?

—Un solo hijo tenía y se fué al ejército; fué su marcha un prolongado tormento para mi corazón. ¡Cuántas inquietudes! Feliz era cuando recibía carta suya, después llanto cruel regaba mis mejillas hasta recibir otra. ¡Cuántas veces le he llorado muerto! Sin embargo, una cosa me consolaba: le había encomendado á la Virgen al marchar. Hoy mi hijo ha vuelto; no he olvidado á la Virgen, que me lo ha guardado; por eso vengo á la iglesia.

—¡Bendita seas, madre amante y piadosa, porque has tenido fé en María!

—Anciano, ¿de dónde vienes?

—Hace setenta y un años que paso por este camino; Dios guarda á mi madre en su gloria; tenía gran devoción en la Virgen Santísima, y niño aún, me traía á Nuestra Señora del Socorro. En la hora de su muerte [tenía yo entonces diez y nueve años], me llamó desde la cama y me dijo abrazándome:

—Una cosa te recomiendo, hijo mío: no olvides á Nuestra Señora.

—Ahora ando con mucho trabajo; el camino es ya largo para mí, y por lo mismo he dicho: Quizás sea éste mi último viaje, y por eso he vuelto á la iglesia

—¡Bendito seas, buen anciano! María es la patrona de la buena muerte, María te conducirá á la paz del Señor.

“*El Correo de las Aldeas.*”

SECCION DE LO EXTERIOR.

NOTICIAS RELIGIOSAS.

—El famoso santuario de Eidsiedlen, en Suiza, dedicado á la Santísima Virgen, fué visitado en el último año por más de 2,000 extranjeros; celebráronse en él 19,000 Misas, y se administró la comunión á 174,000 peregrinos de diversas procedencias. En el de Lourdes, se recibieron las visitas de un Nuncio apostólico, dos Cardenales y 74 Arzobispos y Obispos, sin contar los fieles que formaron 113 peregrinaciones. Celebráronse 24,000 misas y se recibieron 233,900 comuniones. La ofrenda de este célebre santuario al Romano Pontífice consistió el último año, al que se refieren los datos anteriores, en 65,500 libras, y además se donó un precioso estandarte para la Exposición pontificia del Vaticano. El nombre del gran santuario francés, ya conocido en todo el mundo católico, se recuerda aún en Asia, donde en Kiliman Nyarda se ha erigido otro con igual denominación, á muchos miles de metros sobre el nivel del mar.

—En la provincia de Quebec (Canadá), el Parlamento ha reconocido á la Compañía de Jesús como persona jurídica y capaz de adquirir propiedades; los protestantes han reclamado contra esta disposición, produciéndose un grave conflicto político y religioso. Los favorables al catolicismo lo son también al dominio inglés, y los que desean la anexión á los Estados-Unidos, son, en su mayor parte, protestantes, lo cual se explica por la gran libertad que disfruta el Catolicismo en las colonias británicas.

—Para celebrar el aniversario de la coronación del Papa y de haber entrado en los ochenta años, fué Su Santidad el día 3 de Marzo, llevado en la silla gestatoria á la Capilla Sixtina, acompañado de parte de su noble corte, de varios caballeros de Malta, del cuerpo diplomático y de otros muchos distinguidos personajes. En dicho día, firmó Su Santidad un Breve aprobando las constituciones de la Universidad de Washington, que han sido aceptadas como las había presentado Mons. Keane, rector de la Universidad. El cardenal Rampolla dió una comida al cuerpo diplomático, para festejar el aniversario de la coronación.

—Los católicos alemanes no pueden menos de ver

con agrado las muestras de estimación que el joven Emperador prodiga al clero. No solo ha asistido en la iglesia de Santa Eduvigis, de Berlín, á los funerales celebrados por el eterno descanso del archiduque Rodolfo de Austria-Hungría, sino que manifestó al párroco de la misma iglesia, que había salido á recibirle con los honores debidos á los soberanos, que apreciaba en cuanto valían las virtudes y servicios de los sacerdotes católicos del imperio.

—Los PP. Capuchinos cuentan actualmente 7,628 individuos, de los cuales 3,681 son sacerdotes; 898 coristas; 304 novicios y 1,458 legos, repartidos en 52 provincias y 640 conventos. Las escuelas seráficas son 17, con 27,000 alumnos. Los hermanos de las Escuelas Cristianas cuentan 14,000 individuos, distribuidos del modo siguiente: en Francia, 10,000; en las Colonias francesas, 300; fuera de Francia, 3,455. Sus alumnos ascienden al número de 315,000, de los cuales 229,000 están en Francia. Tienen 6 casas en Inglaterra, 7 en Austria, 46 en Bélgica, 18 en España, 26 en Italia, 2 en Suiza, 2 en Túnez, 4 en Egipto, 23 en Turquía, 3 en Madagascar, 2 en China, 7 en la India, 27 en el Canadá, 64 en los Estados-Unidos, 9 en el Ecuador y 3 en Chile.

—Según dice *L'Univers*, en la iglesia de Saint-Honoré d'Eylau, han sido bautizados seis individuos de una misma familia. Eran éstos cuatro hijos y dos hijas de la viuda de Angeli, y cuenta el mayor diez y seis años y el menor cuatro. El padre fué soldado garibaldino, y se había opuesto á que se bautizase á sus hijos hasta que eligiesen ellos mismos su religión cuando llegasen á la mayor edad; pero á la hora de la muerte, el soldado garibaldino se convirtió, y encargó á su mujer que procurase que sus hijos abrazasen la Religión católica. La viuda Angeli trabajó gustosa por cumplir el encargo de su marido, y lo ha conseguido, habiendo recibido ya sus seis hijos el bautismo. Su Santidad el Papa ha enviado su bendición á la madre y á los hijos.

—Según el *Vaterland*, de Lucerna (Suiza), se ha convertido al catolicismo el Dr. Speiser, uno de los jefes del partido protestante en el cantón, y va á estudiar teología bajo la dirección de los Jesuitas en Inspruck. El cantón de Basilea, que no ha mucho era completamente herético, tiene ya 22,426 católicos.

—En Bombay, una de las capitales de la India Inglesa, se está erigiendo, gracias á la munificencia del magnate indio Monugiapho, convertido á nuestra Religión, una suntuosa Catedral católica.

—Su Santidad el Papa León XIII ha elegido ya el sitio en que quiere ser enterrado: en la basilica de San Juan de Letrán. En estos últimos tiempos, el Padre Santo ha gastado muchos millones en trabajos de embellecimiento y prolongación del ábside de esta basilica. Cerca de este ábside, encima de la puerta que conduce á la sacristía, es donde desea León XIII que se conserven sus restos. Al otro lado del ábside hay una puerta que hace pareja con la de la sacristía, y encima de ella serán conservados, por orden de Su Santidad, los restos del gran Papa Inocencio III, que puso en interdicto á Francia con motivo del divorcio de Felipe Augusto, y excomulgó á Otón de Brunswick y al rey Juan de Inglaterra; Papa que engrandeció los dominios de la Iglesia y reunió el Concilio de Letrán, muriendo después en Perusa. Siendo León XIII Obispo de Perusa, estudió largamente la vida de Inocencio III, á cuya memoria rinde verdadera admiración. En los primeros años de su Pontificado, hizo trasladar á Roma una parte del cuerpo de este Pontífice, que se guardaba pia-

dosamente en Perusa, y estos son los restos que se guardarán en la basilica citada.

—Se ha organizado en Austria una asociación, que se propone el fin santo de introducir en las escuelas, donde tanto se descuida la educación religiosa, maestros creyentes y virtuosos, los que, de acuerdo con el programa y los padres de familia, correspondan á la verdadera vocación de los profesores, y se esfuercen en conjurar, según sus fuerzas, las tristísimas consecuencias de las escuelas ateas. Esta asociación, que no se ocupa en política, ni intenta hacer agregaciones de nacionalidad, como lo hace otra Asociación, que trabaja por alemanizar el Trentino, ha comprado y pagado con 20,000 florines de subscripción, el solar sobre el que se habrá de levantar el nuevo edificio, que será el Instituto católico sostenido por la Asociación, contando ésta ya con 12,000 subscriptores, entre los cuales se cuentan muchos jóvenes sacerdotes. Otro tanto debiera hacerse en España, donde, como es sabido, es nula la enseñanza oficial religiosa, y no son menores los males que se delporan con tal abandono.

SECCION DE VARIEDADES.

La mujer en el templo.

He aquí lo que, hablando de las mujeres que llenan las iglesias los domingos, dice Julio Simón:

“Todavía en París las mujeres llenan las iglesias los domingos, y esta asiduidad exaspera á los partidarios del laicismo, que no trabajarían tanto por hacer difíciles las prácticas del culto religioso si no acudieran á ellas tantos fieles.

Ya sabéis lo que la mujer va á buscar á la iglesia: el consuelo á sus penas, que sólo allí puede encontrar. Allí también encuentra un freno á sus pasiones. Impedirle el consuelo, sería bárbaro y cruel; impedirle los medios de encontrar el freno de que han menester, sería peligroso para ellas y para la sociedad. Creen justificarse los que opinan en contrario, diciendo que los que tal creen, se equivocan. Ésta es la disculpa de todos los enemigos de la libertad, que son los de la religión; pero nada vale. Hay derecho á discutir y á predicar; pero no le hay de impedir ni de estorbar que ambas cosas se hagan. Les quitáis la fé que les daba fuerzas para sufrir y para resistir, y ¿qué les dais en cambio? La nada.

“Sois, pues, enemigos de su honor y del vuestro, al obrar así.”

Anda tú por mí.

He aquí la respuesta que daba un padre á su hija, cada vez que ésta le invitaba á asistir al culto religioso del domingo.—“Anda tú por mí: me siento algo cansado ahora.”

La pobre niña tenía que conformarse á la voluntad de su padre, tanto más, cuanto que su buena madre había muerto hacía tiempo, la cual siempre la había acompañado á la Iglesia sin pronunciar la helada frase que acostumbraba decir ahora su padre.

Una noche, como siempre, la niña había ido sola á cumplir con su grato deber de creyente; pero oró con más fervor que nunca, pidiendo á Dios que iluminara á su padre para que se acercara á Él.

Ella acariciaba la dulce esperanza de que podía realizarse su deseo. Y así fué en verdad. Mientras

ella estaba en el templo, su padre, que se había quedado solo, se recostó sobre un sofá y se durmió profundamente.

En breve principió á soñar. Su imaginación se elevó al espacio ilimitado y allí vió el Paraíso eterno, la morada de los Bienaventurados.

En este instante, reconoce á su hija que llega á las puertas del Edén celestial, donde es recibida por un Angel.

El quiere entrar también, pero el Angel le dice: ¡No! ¡Ella entrará por ti!

La niña levanta los ojos hacia su padre con aquella expresión melancólica tan conocida de él; pero el Angel la conduce adentro y cierra la puerta.

El ruido que hizo su hija al penetrar en la habitación despertó al inquieto padre, quien desde ese momento prometió acompañarla al Templo, y no volverle á decir jamás:

—Anda tú por mí.

LA CRUZ DEL BOSQUE.

¡Tiernas y candorosas leyendas de los antiguos tiempos, cuán gratas sois al alma! Sois como las humildes violetas de los campos, que perfuman el ambiente; sois como el rayo del sol primaveral, que todo lo fecunda y embellece.

Cuando yo era niña, sentada en el amoroso regazo de mi madre, cruzadas las manos sobre el pecho, fijos mis ojos en sus ojos, recogí de sus labios esta sencilla leyenda:

Primitiva contaba apenas cinco años; era hija de un leñador, que tenía á su cargo la guarda de un bosque, bosque secular que se alza todavía en la cima de los Alpes. Primitiva no era bella; corría descalza sobre las piedras del camino, entregando al viento su rubia melena destrenzada; pero era creyente y pura, y tenía suma devoción á la cruz bendita, símbolo del Salvador Divino. Sentada sobre un ribazo, mientras guardaba sus cabritas, tejía guirnalda de silvestres flores para engalanar la cruz de madera que velaba sus sueños infantiles.

Con las ramas de los árboles formaba otras cruces, que iba plantando en todos los ángulos del camino, marcando así cada uno de sus pasos.

Un día la desgracia tendió sobre ella sus negras alas. Una enfermedad contagiosa, que asolaba los vecinos pueblos, le arrebató instantáneamente á sus padres. Por la noche, cansada de gemir, se recostó sobre una piedra en la mitad del bosque, y se durmió para ir á despertar entre los ángeles.

Al día siguiente, cuando los aldeanos atravesaron el bosque, vieron que al lado de su insepulto cadáver se alzaba una enhiesta cruz, á cuyo pié descollaban multitud de flores de una belleza desconocida. ¿Quién había plantado allí la enseña del cristiano? ¿Quién había fecundado en una sola noche aquellas flores de tan peregrina hermosura?

Los sencillos aldeanos creyeron que habían sido los Angeles hermanos de Primitiva, y dando sepultura en aquel sitio á su cuerpo, murmuraron la palabra *milagro*, que se fué repitiendo de boca en boca, que se fué perpetuando de siglo en siglo.

Desde entónces no hay un niño que atraviese el bosque, que no suspenda ramos y guirnalda de flores de la cruz bendita; no hay madre que no confíe á la milagrosa cruz la salud y la ventura de sus hijos.

¡Solitaria cruz del bosque, que estás hace tantos

siglos con los brazos abiertos brindando amparo á los que sufren ! ; cuántos peregrinos, fatigados de la vida, se habrán sentado á tu sombra ! ; cuántos habrán depositado á tus piés la pesada carga de sus penas !

La cruz que el sacerdote traza sobre nuestra frente al nacer, nos acompaña durante nuestra peregrinación sobre la tierra, para cobijarnos después en la desamparada sepultura. . . .

Abrazaos á la cruz, los que carecéis de bienes terrenales, los que sentís el corazón atribulado por las pasiones mundanas; abrazaos fuertemente á la cruz, vosotras, almas piadosas, que deploráis los males que nos cercan; regadla con vuestras lágrimas, adoradla, enaltecedla, plantadla como Primitiva en todos los ángulos del camino, para que sirva de apoyo á los débiles, para que sirva de guía á los extraviados, para que obrándose otra vez el milagro, broten á sus piés flores de virtudes que purifiquen el mundo con su balsámico aroma.

ANGELA GRASSI.

EL PADRE DE LOS POBRES.

Cuando rezo el *Padre Nuestro* entre los pobres, no puedo menos de llorar. ; Hay peticiones que aparecen entonces tan hermosas, tan sublimes !

Llaman á Dios *Padre*, y así no se hallan desheredados.

Venga á nos el tu reino. Yo comparo la pobre cabaña en que los veo, con el cielo inmenso de Dios, donde todos los Angeles y los Santos los recibirán.

Entretanto, *hágase tu voluntad.* . . . Les faltan muchas cosas, son miserables, desconocidos del mundo. . . . *Hágase tu voluntad.* . . .

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Padre, un poco de pan para nosotros y nuestros hijos. ; Cómo se moverá el Corazón de Jesús ! Les envía un poco de pan, el pan de hoy, no el de mañana, porque los ama, y la estrechez en que los deja es en beneficio de su alma, rescatada con su sangre.

No nos dejes caer en la tentación. Aquí se ve el designio de Dios : la pobreza les atrae esta bendición.

(Luis Veuillot).

Concilio Sur-Americano.

Dice *El Mercurio*: "Comunicaciones dirigidas por un alto dignatario de la Corte romana nos autorizan para decir, que en la Sagrada Congregación del Concilio ha encontrado la mejor acogida la idea de celebrar en breve un Concilio, al cual concorra todo el episcopado sur-americano.

"Tanto en Roma como en América se desea anhelosamente la celebración de un Concilio como el de que nos ocupamos, pues son demasiado evidentes los brillantes resultados que las deliberaciones de una tan augusta asamblea como ésta, acarrearían para la Iglesia católica en general, y para todos sus hijos de América en especial.

Lo único que, según la misma comunicación, ha puesto óbice á la pronta realización de la feliz iniciativa de nuestro digno Prelado, es la designación de la ciudad en que el Concilio deberá reunirse. Parece fuera de duda, que el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Casanova (Arzobispo de Chile) gestionará en su próximo viaje á Europa, en el sentido de allanar toda dificultad en este punto especialmente, á fin de

que á su regreso á Chile podamos ver realizado tan importante proyecto.

Bien pudiera ser que Santiago de Chile estuviese destinado á ser el punto escogido, para recibir en su seno á la augusta asamblea del episcopado sur-americano."

"El Porvenir" de Cartagena, después de reproducir la noticia anterior, dice: "Sabíamos, por otros conductos, que se piensa efectivamente en el Vaticano en un Concilio de Obispos Americanos, y que es bien posible que la reunión tenga lugar en alguna de las ciudades de Colombia."

EL HONGO Y LA MARIPOSA.

Viendo la burla que hacía
De su figura asquerosa,
Enojado, esto decía
El Hongo á la Mariposa :
Tú, que del limo nacida,
Nunca soñaste con galas,
Vas mostrando envanecida,
El zafiro de tus alas.

Y en tanto que el vulgo necio
Se admira de tu hermosura,
Risa provoca y desprecio
Mi malhadada figura.

; Quién sospechara que un día,
Tus encendidos colores
Emuláran á porfía
La brillantez de las flores !

; Ni quién, que nectar divino
Te dieran en sus corolas
El jazmín alabastrino
Y las rojas amapolas !

; Quién pudo envidiar tu suerte,
Cuando en tu corcel prendida,
Indicios dabas de muerte
Mas que señales de vida ?

Sí, pues, humilde es tu cuna,
Y esos colores tan leves,
De la inconstante Fortuna
Solo al capricho los debes ;

Tú, que pañas desdeñosa,
Recuerda, y pese á tu orgullo,
Que antes de ser mariposa,
Fuiste grosero capullo."

A. HERRERA TORO.

A los señores párrocos.

El Ilustrísimo Señor Obispo, deseando que los *libros parroquiales* fuesen uniformes en todos los archivos de la diócesis, bien encuadernados, de exelente papel, y en la forma más adecuada; dió encargo á la Librería Religiosa del señor Prado y C^a. para que los pidiese á Europa con esas calidades.

Han llegado ya dichos *libros parroquiales*; y se avisa á los señores curas que deseen proveerse de los que necesita su archivo, para que los compren en la referida Librería Religiosa.

El precio de ellos es muy módico, atendidos su tamaño y número de fojas, su clase de papel y su pasta.

IMP. DEL COMETA, CALLE DEL COMERCIO, N. 28.